

PRINCIPIOS DE TRADUCCIÓN



LOS TEXTOS

Declaración de política de Bibles International

Bibles International es la Sociedad Bíblica de las Misiones Bautistas Intermedias. Bajo su liderazgo, Bibles International se adhiere a la Declaración de Política de Traducción que ellos mismos han establecido:

- Aceptando la Biblia como la Palabra misma de Dios, dada a nosotros por inspiración plenaria-verbal y totalmente libre de errores en sus manuscritos originales, los traductores de Bibles International, un ministerio de Baptist Mid-Missions, basarán su trabajo en los textos hebreos, arameos y griegos divinamente preservados y buscarán la guía y la ayuda de Dios para lograr una traducción buena y precisa de Su Palabra.
- Si bien se pueden consultar numerosos textos en hebreo, arameo y griego, así como diversas versiones en inglés y otros idiomas, las decisiones finales sobre el contenido textual se basarán en el texto masorético del Antiguo Testamento y el Texto Mayoritario del Nuevo Testamento. Las traducciones de Bibles International expresarán la Palabra de Dios de la forma más literal posible en los idiomas de destino, sin recurrir a la equivalencia dinámica y sin distorsionar ni oscurecer el significado del texto original.

Esta postura oficial sobre los textos griegos y hebreos debe seguirse en todo momento, independientemente de las opiniones de los asesores. El Antiguo Testamento debe ser una traducción fiel del texto masorético, y el Nuevo Testamento debe basarse en el texto griego mayoritario o TR. La elección entre ambos textos griegos queda a criterio del comité de traducción antes de que comience la traducción. Es decir, la decisión debe ser tomada por el comité y luego acatada tanto por los traductores como por los asesores. En muchos casos, se combinarán ambos textos. Si existe una traducción nacional de gran prestigio (por ejemplo, la KJV en India, la Luis II en Haití, la birmana de Judson en Myanmar), suele ser conveniente considerar la posibilidad de adoptar las decisiones tomadas por dicha traducción, siempre que concuerde con uno de los textos aceptados. Esto podría evitar muchas críticas de los creyentes que siempre han seguido esa traducción. Sin embargo, si el texto de prestigio no se basa en los textos griegos y hebreos aprobados, no debe influir en la nueva traducción. Estos asuntos deberían haberse resuelto mucho antes de que el asesor llegue para el primer taller.

LA FILOSOFÍA DE LA TRADUCCIÓN

I. Introducción

El Génesis registra el primer uso del lenguaje en relación con la creación. En el primer día de la creación, Dios dijo: «Sea la luz» (Gén. 1:3). Su poderosa palabra creó los cielos, la tierra y a todos sus habitantes en seis días literales. En el sexto día de la creación, Dios creó al hombre y a la mujer y comenzó a revelarles su verdad (Gén. 1:22). Al principio de la existencia humana en la tierra, las personas compartían el mismo idioma y hablaban lo mismo (Gén. 11:1); pero debido a su naturaleza perversa, se rebelaron contra Dios construyendo una ciudad y una torre para unirse (Gén. 11:4). Para frustrar los planes de la humanidad, Dios mezcló sus lenguas, de modo que ya no podían entenderse entre sí (Gén. 11:7). Esta creación de múltiples lenguas resultó en la dispersión del hombre por toda la tierra. Así comenzó la constante evolución de la diversidad lingüística que ha caracterizado el resto de la historia humana.

Aunque Dios creó múltiples lenguas para impedir que la humanidad se uniera contra Él, les dio un solo Libro para que pudieran unirse bajo el señorío de su Hijo, Jesucristo, mediante la salvación provista por la cruz del Calvario. Dios usó las lenguas que permitió que existieran —hebreo, arameo y griego— para hablar a la humanidad, pero su intención era que sus Escrituras fueran para hablantes de todas las lenguas. Se dirigió universalmente a hablantes de todas las lenguas mediante los acontecimientos de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo capacitó a la iglesia primitiva para proclamar las maravillosas obras de Dios en múltiples lenguas extranjeras (Hechos 2:1-11). Las Escrituras son «inspiradas por Dios» y son para «el hombre de Dios», sin importar qué idioma hable (2 Timoteo 3:16). «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4). No impone ninguna restricción lingüística a tales afirmaciones. Cristo redimirá a personas de toda lengua (Apocalipsis 5:5; 7:9), por lo que desea que cada uno de estos creyentes esté «completamente preparado para toda buena obra» (2 Timoteo 3:17). Este crecimiento se produce únicamente mediante la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Así, Dios desea que los hablantes de todas las lenguas reciban sus Escrituras, y dispuso que recibieran la misma revelación, aunque en una forma diferente (es decir, en un idioma distinto). Diseñó el lenguaje de tal manera que lo que dijo en hebreo, arameo y griego, pudiera comunicarlo también en otro idioma mediante la traducción. El proceso de traducción busca preservar todos los componentes de la comunicación de Dios inscritos en la Biblia, transfiriendo las formas lingüísticas de la lengua de origen a las de la lengua meta.

II. La esencia de nuestra filosofía

A. Bibliografía

La traducción se enmarca dentro del campo teológico conocido como bibliología. La bibliología tiene cuatro subcategorías que se relacionan directamente con la traducción: revelación, inspiración, preservación e iluminación. La revelación es la divulgación de lo previamente desconocido, específicamente, verdades espirituales sobre Dios, el hombre, los seres sobrenaturales, la creación, etc. (Juan 16:13; Hebreos 1:1-2; 2 Pedro 1:19-21). Es la comunicación de la mente de Dios. La revelación se divide en dos tipos: general y especial. La revelación general incluye el orden físico creado, la historia y la naturaleza de la humanidad. La revelación especial incluye teofanías, visiones, sueños, ángeles, profetas, el Urim y Tumim, el sorteo, acontecimientos históricos, Jesucristo y las Escrituras.

Así pues, las Escrituras constituyen una forma de revelación especial. Son la comunicación escrita y perdurable de la mente de Dios para todas las generaciones. Dios las dio por inspiración, el proceso sobrenatural mediante el cual el Espíritu Santo impulsó a hombres santos de Dios a escribir la revelación divina (2 Timoteo 3:16-17; 2 Pedro 1:20-21). En este proceso, se preserva la individualidad de los autores, pero se limita su depravación. En otras palabras, las Escrituras son infalibles.

Aunque la inspiración se limita a los autógrafos originales de las Escrituras, estos no habrían servido de nada a las generaciones futuras si Dios no hubiera preservado esa revelación para ellas. La preservación es la consecuencia lógica de la inspiración. Si bien Dios permitió que los autógrafos originales desaparecieran, preservó su Palabra inspirada principalmente a través de múltiples manuscritos y, secundariamente, mediante versiones y otros documentos (por ejemplo, leccionarios, escritos patrísticos). Dado que los manuscritos conservan las Escrituras en los mismos idiomas que el original, son evidencia de preservación transcripcional. Dado que las versiones conservan las Escrituras en un idioma diferente, son evidencia de preservación transformacional. Las formas lingüísticas se han transformado de un idioma a otro, pero la comunicación de la mente de Dios se ha conservado. Todos estos escritos son el cumplimiento de la promesa de Dios de preservar su Palabra (Mateo 5:18). Dios cumplió su promesa obrando a través de los hombres de manera providencial, no de manera sobrenatural como lo hizo con la inspiración.

El creyente comprende las Escrituras mediante la iluminación. En la iluminación, el Espíritu de Dios que mora en el creyente le permite ver el significado espiritual de lo que Dios ha comunicado en las Escrituras (1 Corintios 2:11-14; 1 Juan 2:20, 27; 5:10). El incrédulo puede entender las palabras y la gramática de las Escrituras, pero no puede captar el significado espiritual de esas formas, a menos que el Espíritu decida iluminarlo (Mateo 13:19-22; 1 Corintios 2:14; Hebreos 6:4). Solo el creyente puede tener acceso continuo al ministerio de iluminación del Espíritu.

B. Traducción

El proceso de traducción bíblica, entonces, es un subconjunto de la preservación y funciona mediante la comprensión lingüística humana y la iluminación del Espíritu Santo. En cuanto a la comprensión lingüística humana, el traductor busca preservar todos los componentes de significado de los textos originales (escritos en hebreo, arameo y griego) al transferirlos de una forma lingüística a otra. La esencia de su trabajo se centra en el significado; por lo tanto, el traductor debe alcanzar una comprensión semántica objetiva de dichos componentes para traducirlos adecuadamente. Pero la traducción bíblica, al ser una forma de preservación, abarca más que la gestión de los componentes lingüísticos; es un esfuerzo sinérgico que requiere la cooperación de Dios y del hombre. Sin embargo, no es una obra sinérgica milagrosa, como la inspiración. En cambio, Dios guía al hombre en su búsqueda por comprender la Palabra de Dios a través de la interacción de la teología, la exégesis y la lingüística. Cada una de estas disciplinas se manifiesta a través de diversos factores relacionados tanto con el texto original como con el texto traducido. Estos factores constituyen la estructura subyacente de la metodología de la traducción bíblica. Entre los más significativos, cabe mencionar los siguientes.

1. Factores relacionados con el texto fuente

Factores teológicos relacionados con el texto original: En primer lugar, la doctrina de la

inspiración verbal y plenaria de las Escrituras está integrada, no en el significado, sino en las formas de los autógrafos que se han conservado en las copias bíblicas. Si bien la traducción puede ser principalmente una transferencia de significado, el respeto por la inspiración verbal y plenaria de las Escrituras debe impulsar un gran cuidado en el manejo de los textos originales e impedir que el traductor realice cambios casuales e indebidos en su equivalente, transfiriendo la forma de los textos originales a las versiones.

En segundo lugar, las Escrituras reflejan la infinitud de Dios, cuyo carácter revelan. No todo lo que se revela en la Biblia se comprende plenamente, ya que la mente finita del hombre no puede abarcar por completo la mente infinita de Dios. Además, la ambigüedad intencionada a veces está presente en la forma de los textos originales. Por lo tanto, una traducción exhaustiva de todos los componentes de significado que encierran los conceptos teológicos y ciertos pasajes bíblicos es, con toda probabilidad, imposible. Sin embargo, el traductor debe procurar comprender esos conceptos y pasajes lo mejor posible, preservando las ambigüedades intencionadas.

En tercer lugar, Dios ha otorgado a cada creyente responsabilidades sacerdotales (1 Pedro 2:5, 9). Por lo tanto, el traductor no debe extender la traducción intentando interpretar las Escrituras para el lector (más allá de lo necesario para que el texto sea comprensible) ni para supuestamente acercar a Dios al hombre.

En cuarto lugar, el público principal al que van dirigidas las Escrituras es el creyente (Hebreos 1:1-2; Judas 3). La mayor parte de las Escrituras está destinada a la enseñanza y edificación del santo, quien, por lo tanto, está mejor preparado para usar esa Palabra y alcanzar a los no creyentes de su grupo lingüístico. En otras palabras, Dios confía su Palabra a la iglesia, «columna y fundamento de la verdad» (1 Timoteo 3:15), y la iglesia lleva su Palabra al mundo. Por consiguiente, el lenguaje y el vocabulario que usan los miembros de la iglesia deben tener prioridad sobre el lenguaje y el vocabulario que usan quienes no pertenecen a ella, cuando el texto original otorga la misma prioridad. Cuando el texto original utiliza un lenguaje y vocabulario estándar que pueden ser comprendidos claramente tanto por creyentes como por no creyentes, el traductor debe usar un nivel de comunicación similar. En esencia, el traductor debe preservar el nivel literario del texto original.

En quinto lugar, el traductor debe creer —y la experiencia lo confirmará rápidamente— que algunas Escrituras son difíciles de interpretar. Las propias Escrituras reconocen esta dificultad (2 Pedro 3:16; 1 Corintios 2:14) y, por lo tanto, exigen un estudio diligente y continuo para su comprensión y edificación (Juan 5:39; Proverbios 2:2-6). Aun así, el creyente debe beneficiarse de la obra iluminadora del Espíritu (Efesios 1:17-19; Salmo 119:13; 1 Corintios 2:14). Los profetas mismos comprendieron la necesidad de confiar en Dios para entender su revelación (Daniel 12:8; Zacarías 4:4-5, 13; 1 Pedro 1:10-12). El objetivo del traductor es lograr una comprensión completa del texto original, pero debe estar preparado para la posibilidad de que tal objetivo se le escape en algunos pasajes.

Factores exegéticos relacionados con el texto original: Primero, la historicidad de las Escrituras contradice su contextualización en el mundo moderno. La revelación de Dios se fundamenta en un marco cultural e histórico; por lo tanto, no puede ser desarraigada y reubicada en el contexto actual sin causar un gran daño. Segundo, un principio exegético fundamental de la interpretación bíblica es «un significado y múltiples aplicaciones». Por consiguiente, la traducción no debe reflejar únicamente una de esas aplicaciones,

excluyendo las demás, sino que debe ofrecer la posibilidad de acceder a todas las aplicaciones que se pueden extraer del texto original. Tercero, como corolario del factor anterior, el traductor debe buscar una transferencia completa; es decir, considerando todos los aspectos, deben traducirse todos los componentes del significado del texto original. Cada aspecto del significado único del texto original debe transferirse en la traducción, permitiendo así que el estudiante o lector de la traducción llegue a las mismas conclusiones que los destinatarios de los textos originales.

En cuarto lugar, si bien la traducción requiere la comprensión del texto original y del significado lingüístico, el traductor no siempre necesita entender todas las implicaciones teológicas del texto fuente para traducirlo adecuadamente. Toda comunicación puede contener ambigüedad intencionada; lo mismo ocurre con la comunicación divina. Y Dios mismo dispuso que la comprensión de su revelación fuera parcial en la tierra (1 Corintios 13:9-12). En quinto lugar, el significado de ciertos pasajes está asociado a la forma del texto, ya sea a nivel de libro o de oración. El Deuteronomio se presenta en forma de tratado soberano, y el exegeta debe comprender el significado de esta forma. El significado de los poemas también está íntimamente ligado a sus formas. Por ejemplo, la poesía bíblica a menudo utiliza el paralelismo semántico, y el exegeta debe conocer los diferentes tipos de paralelismo para comprender adecuadamente el significado del poema. Si dichas formas pueden conservarse adecuadamente en la traducción al mismo nivel de significado previsto en el texto fuente, deben conservarse.

En sexto lugar, el estilo y la forma del lenguaje en ambos testamentos reflejan un propósito más que el azar (cf. Lucas, Romanos, etc.). Los autores pretendían usar ciertas palabras, a veces de forma repetitiva y otras veces de forma intercambiable. Este propósito debe conservarse.

Séptimo, cuando los autores del Nuevo Testamento citaban un pasaje del Antiguo Testamento, solían usar la Septuaginta (LXX). Estas citas pueden proporcionar principios útiles para las traducciones modernas en lo que respecta a la exégesis, la metodología y la filosofía de la traducción.

Factores lingüísticos relacionados con el texto original: En primer lugar, los autores bíblicos aplicaron las reglas gramaticales adecuadas y respetaron los preceptos lingüísticos de las lenguas en las que escribieron. Por lo tanto, las traducciones deben seguir las normas lingüísticas. En segundo lugar, el tema tratado en un pasaje generalmente determinará la elección del vocabulario y el estilo del mismo. Por consiguiente, el traductor debe tener cuidado de no imponer un nivel de simplicidad o complejidad incompatible con el texto original. En tercer lugar, el grado de detalle en el tratamiento de un tema determinará el grado de sofisticación del vocabulario. Por lo tanto, el traductor no debe esperar que todo el vocabulario del texto original tenga una equivalencia correspondiente en la lengua del texto traducido.

2. Factores relacionados con el texto traducido

Además de los factores relacionados con el texto original, también existen aquellos relacionados con el texto traducido.

Factores teológicos relacionados con el texto traducido: Primero, las Escrituras son claras (o perspicaces); es decir, Dios se comunicó para ser comprendido, utilizando en la mayoría

de los casos un lenguaje cotidiano con ilustraciones e imágenes, como lo haría la gente común (Salmo 19:7; 119:130; Proverbios 2:1-9; Juan 7:17; 1 Corintios 2:12-14). Por lo tanto, las traducciones de la Biblia deben buscar la comprensibilidad. Segundo, aunque el público principal al que se dirigen las Escrituras es el pueblo de Dios, el tema central es la redención. Esto incluye a hombres y mujeres de todos los niveles educativos y a quienes no tienen ninguna educación. La traducción de las Escrituras debe reflejar la intención de Dios de que todas las personas puedan recibir su revelación de manera significativa. Tercero, como corolario de esa intención, las Escrituras están dirigidas en su mayor parte a personas laicas. Un lenguaje teológico muy sofisticado les privaría de la comunicación que Dios les destinó. En cuarto lugar, en el juicio final, cada uno dará cuenta de sí mismo según lo que Dios le comunicó (Romanos 14:2). Por lo tanto, es apropiado que Dios le comunique de manera comprensible al hombre el fundamento sobre el cual será juzgado. En quinto lugar, el uso que los escritores del Nuevo Testamento hacen de la Septuaginta indica que creían que esta traducción griega del Antiguo Testamento, al menos en los pasajes citados, era la Palabra de Dios. Así, el traductor actual puede tener la certeza de que su fiel traducción del texto original también será aceptada por los lectores de hoy como la Palabra de Dios.

Factores exegéticos relacionados con el texto traducido: Primero, los autores bíblicos no esperaban que sus lectores dependieran de otro idioma o de una formación extensa para comprenderlos; incluso tradujeron ciertos términos extranjeros que podrían no ser fácilmente comprendidos por su público original (por ejemplo, Juan 1:41-42). Segundo, la traducción literal a veces puede contravenir la intención de los autores bíblicos. Por lo tanto, la traducción debe ajustarse para que los componentes semánticos del texto original coincidan con los del texto traducido.

Factores lingüísticos relacionados con el texto traducido: Primero, cada idioma tiene sus propias características lingüísticas. El traductor no debe imponer los elementos lingüísticos del texto original al texto traducido. Segundo, dado que el lector de la lengua vernácula capta el significado únicamente en su idioma, las formas del idioma receptor deben tener prioridad sobre las del idioma original. Tercero, cada idioma tiene su propia manera de incorporar nuevo vocabulario. El idioma del texto traducido debe poder asimilar nuevos conceptos según su potencial lingüístico. En otras palabras, el traductor no debe imponer indiscriminadamente un método lingüístico artificial para abordar un nuevo concepto, sino que debe respetar la inclinación del idioma receptor. Cuarto, los creyentes de una zona determinada desarrollan factores que consideran importantes para autenticar las traducciones de las Escrituras (por ejemplo, imprimir las Biblias a dos columnas en lugar de una, etc.). Esta tendencia a menudo también se aplica al vocabulario. El traductor debe ser sensible a los elementos de autenticidad percibida en la iglesia.

Los factores relacionados con el texto original exigen que la traducción de la Biblia sea lo más literal posible. Los relacionados con el texto traducido exigen que la traducción sea lo más comprensible posible.

III. La aplicación de nuestra filosofía

Las directrices metodológicas esenciales que guían la aplicación de nuestra filosofía deben ser compatibles con los factores teológicos, exegéticos y lingüísticos relacionados tanto con el texto original como con el texto traducido. Estas directrices deben servir de base para la evaluación de cada técnica que utilizamos, con el fin de administrar adecuadamente la revelación escrita de Dios.

Al establecer nuestra metodología de traducción, debemos hacernos una pregunta: ¿Acaso la creencia en la inspiración plenaria verbal requiere necesariamente una traducción literal o una «equivalencia formal»? Algunas organizaciones sostienen que la equivalencia formal es el único método posible para quienes creen en la inspiración plenaria verbal. Sin embargo, esta postura se ve refutada por el hecho de que existen ejemplos en las Escrituras de la traducción griega (LXX) del Antiguo Testamento que no son traducciones de equivalencia formal. Por ejemplo, en Éxodo 2:14, el hebreo dice literalmente: «¿Quién te hizo hombre, príncipe o juez sobre nosotros?». La LXX y Hechos 7:27 y 35 dicen: «¿Quién te hizo gobernante o juez sobre nosotros?». (Véase también Éxodo 3:5 en Hechos 7:33; Deuteronomio 25:5, 7 en Mateo 22:24, Marcos 12:19 y Lucas 20:28; Proverbios 25:21-22 en Romanos 12:20). Además, el hecho de que muchas expresiones bíblicas no puedan traducirse literalmente sin distorsionar su significado demuestra que la equivalencia formal puede ser, en ocasiones, una forma errónea de traducir.

La creencia en la inspiración plenaria verbal exige que, durante el proceso de traducción, el traductor comprenda plenamente el significado como la suma de todos los componentes del significado en la lengua de origen; transfiera el significado, no solo las palabras, a la lengua meta; y represente fielmente el significado de la fuente con palabras precisas y comprensibles de la lengua meta.

Casi todas las teorías de traducción tienen como objetivo la equivalencia. Diversas teorías de equivalencia surgieron en la segunda mitad del siglo XX, cada una intentando capturar el matiz particular de equivalencia que sus defensores consideran esencial. En lugar de buscar una etiqueta específica para nuestra metodología de traducción, sería mejor utilizar términos literarios ya existentes relacionados con la traducción y explicar nuestra metodología operando dentro de un rango de posibilidades bajo el término general de "literal modificado". Esta metodología incluye tratar las expresiones idiomáticas como unidades y transferirlas en consecuencia, así como transferir las palabras funcionales a la lengua meta como sus funciones gramaticales correspondientes.

Ciertas técnicas y elementos de traducción específicos, identificados con la equivalencia dinámica, se han convertido en problemas de traducción y, por lo tanto, requieren un tratamiento específico. En primer lugar, se recomienda el uso limitado de la asimetría de categorías gramaticales, donde en algunos casos los sustantivos se traducen como acciones verbales, cuando la lengua meta no posee sustantivos que se correspondan con los de la lengua de origen; sin embargo, en general, se conservarán las categorías gramaticales. Por ejemplo, es aceptable cambiar «la declaración del Señor» por «el Señor declara» si la lengua meta no tiene un sustantivo para «declaración».

En segundo lugar, la descomposición de la estructura superficial de las lenguas en estructuras básicas (estructuras sintácticas fundamentales) puede ser una técnica útil para una mejor comprensión del significado y, por lo tanto, una mejor traducción entre idiomas. Sin embargo, el significado de una oración es más que la suma de sus partes. El significado también depende del contexto literario más amplio (es decir, párrafo, perícopa, libro y Biblia), así como del contexto histórico, cultural y situacional de los hablantes de una oración en particular. El significado también puede trascender la categorización gramatical literal e inequívoca. El traductor debe tener en cuenta el significado en todos los niveles de comunicación. Además, la reducción de una oración a estructuras básicas conlleva el riesgo de perder las interconexiones de dichas estructuras en la forma de la oración original. Este riesgo solo puede contrarrestarse prestando especial atención a la estructura de la oración en el texto fuente. Esta salvaguarda también debería proteger al traductor de una debilidad del análisis de estructuras básicas: una

traducción llena de oraciones fragmentadas y desconectadas. Un abuso del análisis de estructuras básicas es la introducción de "estructuras básicas implícitas". Tales adiciones deben evitarse.

En tercer lugar, el análisis del texto original, la transferencia de estructuras y unidades, y la posterior reestructuración como elementos del proceso de traducción, también son técnicas útiles, siempre que los elementos discursivos del texto se analicen y transfieran cuidadosamente durante el proceso. Sin embargo, el traductor no realizará una reestructuración radical, como la que implica la ocultación a gran escala de las unidades métricas tradicionales en favor de bloques de texto que representan múltiples versos (una reestructuración a pequeña escala puede ser necesaria en casos limitados donde párrafos u oraciones complejos puedan organizarse en una secuencia de ideas más sencilla y una estructura sintáctica más simple, pero el significado debe permanecer inalterado). Tampoco reestructurará la poesía para disminuir o eliminar el paralelismo ni realizará otras formas de reestructuración que alteren radicalmente la forma del texto.

Si bien el traductor siempre debe tener en cuenta la reacción y respuesta del público y la cultura receptores, un énfasis excesivo en la respuesta puede resultar en una distorsión y simplificación del mensaje en el idioma original. La traducción no pretende ser un comentario ni un resumen, sino una transmisión fiel del contenido del texto. Además, la traducción no puede reemplazar la predicación y la enseñanza efectivas. Si bien una traducción debe ser lo más clara y comprensible posible, sobrecargarla con información adicional no implícita en palabras específicas del texto limitará su eficacia para el uso a largo plazo, la exposición y la enseñanza. Ninguna traducción puede presentar completamente toda la información de contexto que cada creyente necesitará o no necesitará según su crecimiento espiritual. Una traducción no debe convertirse en un comentario, ni debe dejar de contar con la obra del Espíritu Santo para guiar y enseñar. Parte de una filosofía y metodología de traducción adecuadas debe ser la provisión de recursos adicionales para apoyar la enseñanza y la predicación, así como el uso personal de las Escrituras (por ejemplo, notas al pie, introducciones, imágenes, recuadros, glosarios, etc.).

Finalmente, la equivalencia cultural como metodología para tratar objetos o conceptos desconocidos en el idioma original no es un enfoque aceptable, ya que suele implicar una distorsión del mensaje original. Por ejemplo, traducir «cordero» como «sello» en Juan 1:29 en una traducción para esquimales es completamente inaceptable, porque destruye el vínculo con el sistema sacrificial del Antiguo Testamento. En cambio, se debe enseñar a los lectores qué es un cordero y qué significaba en la cultura bíblica. En lugar de recurrir al enfoque de equivalencia cultural, una sustitución cultural puede ser un último recurso en situaciones muy excepcionales hasta que se pueda obtener una mejor solución. Por ejemplo, hay una frase hebrea difícil en Job 6:6 que probablemente significa «el jugo de la verdolaga». Sin embargo, muchas traducciones, incluida la versión King James, sustituyen la frase por «la clara de un huevo», aunque ni la palabra para «clara» ni la de «huevo» aparecen en hebreo. Aparentemente, se trata de una sustitución cultural para una frase difícil. Hasta que se obtenga más información sobre el hebreo, esta solución funciona porque transmite el significado más cercano al que se supone que tiene el original. En tales circunstancias, se recomienda encarecidamente añadir una nota al margen para señalar la sustitución cultural.

En conclusión, podemos resumir la esencia de nuestra metodología de traducción en la siguiente afirmación:

El significado del texto original, comunicado a través de la forma de ese texto, debe

transmitirse íntegramente tanto mediante el uso de las estructuras naturales de la lengua receptora como mediante la imitación del vocabulario y los elementos gramaticales de la lengua original, sin reproducir rígidamente la forma del original ni ir más allá del significado declarado del texto para ofrecer explicaciones, interpretaciones o adaptaciones culturales.

1. Redactado por el Dr. P. Hantz B. (exdirector), el Dr. Troy M. (consultor principal de idiomas) y el reverendo Glenn K. (consultor de recursos de traducción). Aprobado por el Consejo General de la BMM el 15 de julio de 2011. Esta declaración de filosofía de traducción no puede modificarse de ninguna manera sin una nueva votación del Consejo General de la BMM.

2. La "equivalencia dinámica" es una teoría de la traducción que, mediante el análisis semántico y gramatical, reduce el texto original a estructuras básicas, transfiere esas estructuras a otras similares en el idioma meta y luego las reestructura en formas naturales del idioma meta, de modo que la carga de información de la nueva traducción sea equivalente en efecto y significado para el receptor en el idioma meta.